



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA VERBENA Y LA BOMBILLA

Ayer hablamos de los viejos cafés cantantes y posteriores cabarets que florecieron dentro del perímetro urbano en una época en que arriesgarse de noche a la calle Infanta constituía casi una aventura temeraria a la cual requería la despedida tierna de los familiares, mientras los vecinos del Vedado, para ganar tiempo y no regresar a su domicilio a altas horas de la madrugada solían alquilar un coche o un "fotingo", con objeto de que lo condujera a la esquina Vista Alegre, en San Lázaro y Belascoain y en dicho lugar abordar el tranvía de la confronta.

Ahora vamos a llegarnos, en compañía de los recuerdos, a otros lugares de diversión que existían en sitios más distantes y así como los jóvenes de fines del pasado siglo gustaban de ir a media noche a cenar un arroz con pollo a la Casa Arana, cerca del castillito de la Chorrera u organizar alegres fiestas en el Paso de la Madama, en las riberas del río Almendares el mundo alegre de hace treinta años también prefería refocilarse en sitios alejados de la barafúnda capitalina.

De aquel entonces, los puntos que más quedaron grabados en la mente de los habaneros fueron: la Bombilla, fundada primeramente y más tarde, La Verbena, en una curva prominente de la calzada de Columbia que todavía se conoce con su mismo nombre. Ambos establecimientos fueron abiertos al público, aunque con alguna diferencia de tiempo entre uno y otro, por Emilio Salas, andaluz de origen que vino a Cuba a principios de siglo con objeto de abrirse paso a base de simpatía y guapería, factores que le sirvieron para convertirse en un tipo popular en la entonces bulliciosa zona de tolerancia, habiéndose visto envuelto en aquellos "sucesos del Bosque", en que resultaron apuñalados unos "apaches" franceses que volvían del entierro de un compañero muerto en la refriega donde también perdiera la vida un célebre tenorio cubano.

Al hacer desaparecer Enrique Núñez, como Secretario de Sanidad, este sector en el cual se ejercía tan dudoso comercio, Emilio Salas, ya hombre maduro, aunque siempre de carácter pendenciero, prefirió encauzar su vida, a su manera, por las sendas del trabajo, pero dentro de sus aptitudes y por eso concibió la idea de abrir un cabaret en un sitio apartado, a una cuadra de la calzada de que hemos hablado anteriormente. Así nació "La Bombilla" que pasó más tarde a manos de "El Francés", cuando Emilio Salas decidió ampliar su negocio, inaugurando "La Verbena".

Y en aquella "Verbena", bien en sus reservados, no muy reservados que digamos o en su amplio salón de madera, La Habana alegre de entonces disfrutaba de gratos momentos desde la media noche hasta las iniciales luces del alba, si es que antes una cofetada sonora o un botellazo lanzado irresponsablemente no provocaba el consiguiente tumulto que Emilio Salas, con pose de guapo de sainete, ya en desuso, trataba de reducir a sus mínimas expresiones.

En los últimos meses del gobierno de Zayas el afán de expansiones nocturnas se extendía más hacia el mar y así surgieron en un solitario rincón de lo que hoy es la calle Primera del reparto de Miramar un pequeño templo de diversiones llamado "La Panera" y un poco más distante, ofrecía su acogimiento al trasnochador, el pintoresco "Cocuyo".

Y como el automovilismo iba reduciendo las distancias y los tiempos brotaron frente a la Playa de Marianao, triunfales y oliendo a manteca y cebolla cruda, los "quioscos de fritas". Situados casi todos en la misma línea, el que más popularidad alcanzó fué el de Belisario. Por las tardes y en las primeras horas de la noche, la clientela era de familias y al filo de la madrugada descendía de categoría. Fué el instante de mayor apogeo del guitarrista cantador de décimas, precursor de cierto tipo estelar de radio y televisión.